

§ 129

El hombre, criatura de Dios, considerado desde el punto de vista de su corporeidad informada por el alma espiritual

La Revelación trata de la esencia del hombre en relación con la Salvación. El hombre recibe y realiza la salvación dentro de la historia de su vida concreta. Ahora bien, el hombre vive su vida en realizaciones corporales; en el cuerpo y sólo en el cuerpo se realiza la historia de la vida humana que puede ser una vida de salvación o de condenación. Por eso hay que tratar del cuerpo del hombre cuando se estudia la esencia del hombre, que ha sido creado para la salvación.

1. El cuerpo no es una cosa accesoria o casual, no es una realidad pegada al alma. El cuerpo es una parte esencial de la substancia humana total creada por Dios. Por eso, también al cuerpo se extiende la palabra de alabanza pronunciada sobre la Creación entera: "Era muy buena" (*Gen.* 1, 31). También el cuerpo exalta la gloria de Dios. La hermosura del cuerpo hace referencia a la hermosura de Dios (*I Cor.* 6, 19). He aquí lo que escribe San Clemente de Alejandría: "No obran bien los que menosprecian la creación de Dios y hablan mal del cuerpo. Pierden de vista que el hombre ha sido creado con cuerpo erecto para que pueda contemplar la hermosura del cielo, que los órganos de los sentidos están destinados para conocer, que los miembros y partes del cuerpo han sido creados para la hermosura y no para el placer. Por eso, el alma, que goza del mayor honor ante Dios, toma esta morada del cuerpo y es considerada digna del Espíritu Santo en virtud de la santificación del alma y del cuerpo, y recibe del Redentor su perfeccionamiento" (*Tapices*, lib. IV, cap. 26, sección 163; *BKV IV*, 110).

El sí creador con que Dios *afirma el cuerpo ha sido confirmado y rubricado en la encarnación del Hijo de Dios*. El "Santo de Dios", al aparecer en la historia humana con realidad corporal, ha comunicado al cuerpo humano una dignidad y esplendor que éste no puede perder. Están todavía ocultos, pero ha de llegar la hora en que aparecerá y se manifestará el resplandor de Cristo del cuerpo humano, en que el cuerpo será compenetrado por la luz de la santidad

y justicia divinas. La realidad corporal de Cristo consagra y santifica todas las actividades corporales. El desprecio del cuerpo se deriva de la negación del Hijo de Dios o conduce a ella. Se comprende por eso que la Iglesia se haya opuesto enérgicamente a los que desprecian o niegan el cuerpo humano, a los super-espirituales que creían poder vivir sólo en el espíritu, despreciando al cuerpo, por considerarlo como fuente natural o manifestación de lo malo. La Iglesia ha considerado tales tendencias como perniciosas, pues implican desprecio de Dios y de su Hijo encarnado (véase el símbolo Quicumque, D. 40; Concilio de Calcedonia, D. 148; el cuarto Concilio Lateranense, D. 429).

Ahora bien, Cristo ha vivido en el cuerpo no para dejar un ejemplo de hermosura y fuerza corporales, sino para glorificar a Dios en el cuerpo, para sacrificarse en el cuerpo y realizar de este modo su obra salvadora. Sería también falso, por consiguiente, desconocer los límites y limitaciones de lo corporal. La hermosura corporal puede ocultar la hermosura de Dios. La hermosura corporal es para el hombre creyente y respetuoso un signo que le recuerda la divina y le incita a alabar a Dios; para el hombre inadvertido y materializado puede convertirse en obstáculo que le impida dirigir la mirada hacia Dios. El elevado y digno rango que el cuerpo ocupa, le corresponde en cuanto que es criatura de Dios. De ahí se deduce la responsabilidad que el hombre tiene frente al cuerpo y la norma del cuidado con que ha de tratarlo.

2. En el cuerpo se manifiestan la *facultad de pecar*, la *caducidad* y la *limitación* del hombre.

a) El cansancio corporal y las enfermedades manifiestan que el hombre no es Dios, sino una criatura de Dios. Ningún ser humano puede escapar a las leyes del cansancio. "También los reyes tienen que dormir y los poderosos tienen que acostarse ni más ni menos que los niños pequeños" (Gertrud von le Fort; véase *Christmann, Lebendige Einheit*, 1938, 137 y sigs.). Que el hombre es pura criatura se manifiesta sobre todo en el hecho de la muerte corporal. Esta es al mismo tiempo un signo del apartamiento de Dios, que es fuente de la vida (véase el capítulo sobre el pecado original). Pero conviene no exagerar la mísera condición del cuerpo humano. Debido a la caducidad corporal, el hombre ha podido ser comparado con la hierba de los prados, que se seca y desaparece; del alma

que se ha apartado de Dios en el pecado dice la Sagrada Escritura que es "carne" (véase el § 127, II c.).

b) Viceversa, la redención y el retorno del hombre a Dios se manifiestan en la superación de la muerte corporal y de las enfermedades, que son su prenuncio. Los misterios del pecado y de la redención son misterios del hombre corporalmente existente. Se realizan y actúan en el cuerpo. En las curaciones de enfermos realizadas por Cristo se anuncia la llegada de la nueva época. Cuando los discípulos de San Juan Bautista preguntan a Cristo si es El el redentor prometido, Cristo responde de la siguiente manera: "Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados (*Mt.* 11, 5). La resurrección de Cristo da testimonio de su victoria sobre el pecado y la muerte. La victoria aparece con toda claridad. La justificación y santificación de los que están unidos con Cristo muestran en el cuerpo sus efectos y se realizan en el cuerpo. El cuerpo glorificado será la última manifestación del poder redentor de Cristo (*I Cor.* 15). El cuerpo llegará a ser una perfecta manifestación del Reino de Dios, del poderío divino. Véase el tratado sobre los Novísimos.

3. Mediante el cuerpo, el hombre se halla dentro del mundo y en la *Historia*. El cuerpo es lugar e instrumento de las realizaciones. En el mundo espacio-temporal sólo posee eficacia lo que está corporalmente realizado. El espíritu que no vive en la realidad corporal es impotente y desvalido. Los bienes del espíritu, la verdad, la bondad, la justicia, carecen de consistencia antes de realizarse bajo forma corporal.

El mismo Hijo de Dios ha venido al mundo en forma corporal para dar un nuevo comienzo a la historia humana (*Io.* 1, 14). En el cuerpo ha realizado la redención. En el cuerpo aprendió obediencia (*Hebr.* 5, 8), asumió la muerte para vencer a la muerte. En su muerte corporal se ha manifestado de manera comprensible y fidedigna la gravedad del juicio divino y del amor divino.

Mediante procesos corporales se une con Cristo el creyente. El bautismo le convierte en miembro de Cristo. Por eso tiene que realizar en el cuerpo su amor a Cristo. "¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Y voy a tomar yo los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una meretriz? ¡No lo quiera Dios!" (*I Cor.* 6, 15). En el cuerpo ha de glorificar y honrar el

hombre a Dios. El bautizado no puede proceder con arbitrariedad en el tratamiento de su cuerpo ni puede realizar de un modo arbitrario la vida corporal. Porque su cuerpo ya no le pertenece, le pertenece a Cristo lo mismo que pertenece a Cristo todo su ser. Además, el cuerpo humano, es decir, el hombre entero corporalmente existente, es un templo del Espíritu Santo. El templo es propiedad de Dios. Por eso, el cristiano no puede disponer autónoma y arbitrariamente de su cuerpo, pues el cuerpo es propiedad del Espíritu Santo (*I Cor.* 6, 19 y sigs.).

El entregarse a Cristo, entrega que se manifiesta también en el ámbito corporal, es la más íntima esencia de la castidad en cuanto que ésta es una virtud cristiana, sea bajo la forma de matrimonio, sea en la forma de virginidad. (Véase el oficio de santa Inés; y en relación con él, el artículo de Rocholl en *Liturgisches Leben*, 3, 1936, 1-20.) En el cuerpo reconoce el hombre a Cristo, de modo que Cristo le reconoce ante el Padre.

El entregarse a Cristo y confesarle puede implicar el sacrificio del cuerpo (de la salud corporal, hasta de la vida; martirio: *Mt.* 10, 17.2.28; *Gal.* 5, 24). El amor a Cristo y el amor a Dios en Cristo manifiesta toda su autenticidad en el amor a los hermanos, y éste, a su vez, se distingue mediante las obras corporales del engaño y la ilusión (*Sant.* 1, 19-12, 17). Su más decisiva prueba es el sacrificio del cuerpo (la madre en favor del hijo, el médico, el enfermero; muerte por la patria).

4. El cuerpo es al mismo tiempo instrumento de la *individualidad y de la comunidad*. En el cuerpo el hombre se halla irrevocablemente separado de todos los demás y al mismo tiempo unido con ellos. El cuerpo limita y delimita al hombre con respecto a todos los demás. Ahí se manifiesta su unicidad y especificación (individualidad). El alma en sí y de por sí individual existe individualmente en un cuerpo humano individual. En el cuerpo aparece con toda claridad que este hombre es precisamente él y no el otro. En muchas líneas y formas del semblante y de la mano, en los movimientos, en el modo de hablar, etc., se pone de manifiesto la peculiaridad de un hombre determinado. (Pero también es cierto que el cuerpo no es solamente manifestación, sino también celajes de los misterios de la persona. Estos se manifiestan en el cuerpo y quedan velados por él.) Los rasgos y formas del cuerpo están tan íntimamente ligados con el individuo concreto, aquí y ahora existente, que en ellos se manifiesta y encuentra expresión la mismidad indi-

vidual. No se pueden permutar el semblante y la mano. Por eso, el encubrir el cuerpo significa protección y defensa del yo; la prostitución del cuerpo es prostitución del yo personal. Por eso también la vergüenza no es solamente repugnancia a descubrir el cuerpo, sino también la repugnancia a renunciar al misterio del yo personal. En el cuerpo muere cada uno su propia muerte.

5. Aunque el hombre es mediante el cuerpo él mismo, inconfundible e impermutablemente, también mediante el cuerpo se *halla unido con el tú y con el universo*. El cuerpo es una especie de muro inescalable que separa al hombre de todos los demás, y es también una especie de puente que va desde el yo hasta la comunidad. Mediante el cuerpo, el hombre forma parte del orden homogéneo del universo y pasa a ser uno de los miembros del cosmos. La unión con el universo se realiza y manifiesta en la respiración, en el comer y el beber, en la estructuración de la materia. Estos procesos no son un mero acarreo de los materiales necesarios para el mantenimiento de la vida. En ellos se sacrifica la Naturaleza en favor del hombre, absolutamente sumisa y servicial. Son, por consiguiente, un misterio de la Creación y del Creador. En el comer y el beber, en la respiración, el hombre se apodera de las cosas que necesita para vivir, cosas que le presenta el amor de Dios. La lengua y el paladar son puertas por las cuales sale el hombre para ir al encuentro del misterio del amor (bendición de la mesa). Y viceversa, el impío no sabe lo que hace cuando come y bebe. Para el creyente, la respiración, el comer y el beber son un camino que conduce hacia Dios y un símbolo de la unión con él. Por eso no tiene nada de extraño para él el hecho de que en la Sagrada Escritura la respiración, el comer y el beber son signo y símbolo de la unión con Dios, del amor a Dios, de la sumisión del hombre con respecto a Dios (Io. 4, 32-34). Más aún, el pan no sólo calma el hambre de vida y existencia naturales. El pan alimenta y perfecciona también la vida sobrenatural. La comida y la bebida son la consumación del rito litúrgico en que nos hacemos partícipes del misterio de la Salvación (véase V. Poucel, *Mystique de la terre. Plaidoyer pour le Corps*, 1937).

La relación entre el cuerpo humano y el cosmos es, por consiguiente, un fenómeno dialógico. Mediante el cuerpo el hombre actúa en su mundo ambiente, que es el mundo entero, y ejerce influencia sobre él; y en el

cuerpo recibe la influencia que ejerce sobre él el mundo. La Revelación ha puesto de manifiesto lo profunda que es esta mutua influencia (véase el § 125 y el capítulo sobre el pecado hereditario). La biología y la medicina se mueven por el mismo camino y nos proporcionan explicaciones detalladas. A partir de Albrecht von Haller (muerto en 1777), las ciencias naturales han ido reconociendo cada vez con más claridad que ningún organismo se comporta pasivamente frente a las fuerzas motrices e informantes del mundo ambiente, sino que todos, obrando desde un centro individual, se establecen en su mundo ambiente desarrollando procesos plásticos y regulativos, es decir, la relación entre un organismo y su mundo ambiente es un diálogo continuo (Fr. Büchner, *Von der Leiblichkeit des Menschen*, en *Studium Generale*, 1, 1948, 419).

Este hecho hace comprensible las pretensiones de la *astrología* seria y científica. Si el cosmos influencia incesantemente el cuerpo humano, no cabe duda alguna de que también los astros pueden tomar parte en tales procesos. Pero la influencia que puedan ejercer sobre el hombre a través del cuerpo no es en manera alguna absolutamente coercitiva y constrictiva. El hombre es libre de rechazarlas o de someterse a ellas. La influencia ejercida por las estrellas no es, pues, un destino ineludible. En definitiva, es Dios el que influencia a través del mundo y, por consiguiente, a través de las estrellas. No se trata, pues, de una ciega fatalidad a la cual estuviese sometido el hombre. Se trata de Dios mismo, que puede servirse también de las estrellas como de instrumentos para desarrollar en el hombre su fuerza estructurante, una fuerza que no suprime nunca la libertad, sino que la activa. Véase el § 113, 7.

A través del cuerpo se verifica también la unión del yo humano con el tú del prójimo. No es una unión meramente espiritual, sino una unión también material. El matrimonio, la palabra, la conversación, el apretón de manos, la mímica, la comida en comunidad, son algunas de las múltiples formas del encuentro entre los hombres. "Cuando nos sentamos en torno de la mesa para comer en compañía de otros, ejecutamos un rito que... crea reconciliación fraterna. Se abren las venas de nuestra ancestre, la tierra, y en los distintos cuerpos reunidos se derrama la misma sangre" (Poucel, *l. c.*). En lo corporal se manifiesta también la conexión que une a distintos grupos o individuos, conexión que se revela en la semejanza de los rasgos, de las manos, de los movimientos, etc. La pertenencia a una familia, a un pueblo, a una raza, se funda en lo corporal. El encuentro entre el yo y el tú se realiza en lo corporal; de ahí se deduce la singular importancia del comportamiento corporal que se adopta frente al tú (cortesía, servicialidad, amabilidad). Negligencias y descuidos en este sector del comportamiento personal son signo de injustificado menosprecio del cuerpo y de lo corporal. Véase W. Stählin, *Vom Sinn des Leibes*, 1934, segunda edición.

6. Ni una incondicional negación ni la absoluta afirmación aprecian en lo justo la trascendental importancia de la vida corporal. En su actual forma histórica, el cuerpo es una realidad *provisoria*. A partir del día de la resurrección de los muertos seguirá viviendo bajo una nueva y superior forma. El carácter provisorio de la forma corporal presente y la perennidad del cuerpo resucitado quedarán revelados en Cristo. Da testimonio de esto la palabra evangélica: "Y la palabra se ha hecho carne" (Io. 1, 14). Si el Logos mismo ha adoptado la forma de debilidad del cuerpo, si ha muerto en la cruz con cuerpo ensangrentado y destrozado, nos entregaríamos a una ilusión pensando que el cuerpo aquí abajo llegará un día a poseer hermosura olímpica. El esmero con que el hombre debe cuidarse de su vida corporal no es un valor último y definitivo. Pero en Cristo se nos ha dado la promesa de una gloriosa vida corporal. Esta vida comenzará más allá de la catástrofe final en que desaparecerá el cuerpo de muerte que ahora poseemos. En el Cristo glorificado aparece visiblemente cuál será la última y propia forma del cuerpo. En esta última y definitiva forma aparecerá no sólo el resplandor del mundo, sino también el esplendor divino. Será un cuerpo rodeado de luz celestial. El verdadero cuerpo es el cuerpo que resplandece en la verdad de Dios y está inflamado de amor divino. La vida corporal terrena y todos los esfuerzos consagrados a embellecer y cuidar el cuerpo son una referencia a la futura forma corporal. Como toda la vida humana y como todas las obras del hombre, tiene una importancia *escatológica*. El hombre fallaría la justa comprensión del cuerpo y la debida realización de la vida corporal si no fuese capaz de extender su mirada hacia el día futuro en que por la gracia de Dios obtendrá la forma perfecta y definitiva de la vida corporal.